

Palabras pronunciadas por Guillermo Jaim Etcheverry durante la Asamblea de la Universidad de Buenos Aires el 2 de abril de 2002

Quiero agradecer a esta Asamblea la generosa oportunidad que me brinda de dirigirme al conjunto de sus integrantes. Ya lo he venido haciendo durante los últimos meses ante la mayoría de ustedes, interesados por conocer mi opinión sobre la problemática universitaria. Resultado de esos encuentros es que ha surgido esta postulación para ocupar el rectorado de la Universidad de Buenos Aires, que tanto me honra.

Nuestra universidad encara esta nueva etapa en el contexto dramático que hoy vive la Argentina. Pero debemos advertir que este mismo acto constituye una esperanzada reafirmación de nuestra confianza en valores que resultan esenciales para la reconstrucción del país: la participación democrática, el interés por lo público, el privilegio del debate de las ideas. Por eso, nuestra universidad es una de las pocas instituciones nacionales que está en condiciones de brindar reparos firmes a quienes estén dispuestos a emprender la dolorosa y difícil tarea de reconstrucción que nos espera.

Las discusiones de hoy no deben hacernos perder de vista los grandes avances que hemos logrado concretar entre todos durante estas dos últimas décadas. No son pocos. Pero el análisis del pasado nos debería hacer meditar también sobre el estilo que hemos impuesto al desarrollo de las relaciones entre los distintos actores de nuestra institución. En más de una ocasión he afirmado que debemos acusarnos de haber contribuido a corromper a varias generaciones de jóvenes argentinos. Movidos inicialmente por ideales y utopías imprescindibles para la construcción social, muchas veces ellos terminaron convertidos, por nuestra influencia, en mezquinos mercaderes. Coincido con Juan Carlos Tedesco cuando, no hace mucho, dijo que “la universidad debe formar dirigentes con conocimientos de calidad, con responsabilidad y, sobre todo, con una fuerte conciencia ética.” Para esto, basta con el ejemplo.

Hoy es tarea imprescindible politizar aún más a la universidad, entendiendo por eso profundizar su compromiso en el aporte de ideas, orientación y guía a la sociedad que la sostiene. Pero también resulta imperioso despartidizarla aceleradamente. Volver a hacerla pública y no una presa de intereses privados.

El gobierno universitario

Las nuevas relaciones que queremos instaurar dentro de la universidad deben quedar reflejadas en nuestra constitución, el Estatuto Universitario. Por eso, deberíamos considerar la necesidad de reanalizarlo para introducir modificaciones que reflejen las aspiraciones genuinas de los distintos integrantes de nuestra institución.

No es posible en tan escaso tiempo expresar puntos de vista sobre el vasto espectro de problemas que nos plantea el gobierno de esta compleja universidad. Tal vez baste con decir que deberíamos encararlo en forma más conjunta que lo que lo hemos hecho hasta ahora. Tratar de demostrar, en la realidad cotidiana, que estamos ante una construcción que es plural pero que, sobre todo, es común. Que cada uno de nosotros resume los intereses del conjunto de la institución. Que, personalmente, cada uno es responsable del destino de la UBA.

Para eso, es imprescindible favorecer el diálogo entre ustedes, los integrantes de los claustros, diálogo hoy casi inexistente, para impulsar el debate sobre los grandes temas que exigen permanente redefinición. La institucionalización de esas reuniones así como el rendimiento de cuentas de la gestión ante esta Asamblea, son algunas de las estrategias que podrían utilizarse para lograr esos objetivos.

La estructura académica

Entre todos, deberíamos buscar alternativas de organización académica que favorezcan la cooperación y que borren las fronteras artificiales del saber. El objetivo central de una universidad es formar personas completas, crear ciudadanos. Todo lo que hace, la investigación y la extensión, debería estar al servicio de aquella, su misión trascendental.

Por eso, es imprescindible continuar con la generosa tradición argentina de garantizar el más amplio acceso a la institución, para brindar la mejor educación a la mayor cantidad de gente posible. Resultaría oportuno, en base a la experiencia adquirida, repensar las alternativas para resolver el conflicto que crea la transición entre la educación media y la universidad. El ciclo básico común ha desarrollado una importante tarea, tanto para la universidad como para la formación de muchos jóvenes argentinos. En mi opinión, deberíamos conseguir que fuera una experiencia más completa, sobre todo, más básica y más común.

Los docentes

En lo que respecta a nuestros docentes, deberíamos encarar cuestiones tales como el diseño de estrategias para profesionalizar aún más su tarea, favoreciendo una mayor dedicación a la universidad; la activa promoción de los concursos docentes, en muchas facultades demorados sin razón aparente, lo que impide a no pocos profesores participar de la vida institucional, y la necesidad de ir desterrando la práctica de la docencia honoraria, tan extendida entre nosotros

La investigación científica

Es mucho lo que se ha hecho durante estos años en el área de la investigación científica, tarea de la que podemos sentirnos genuinamente orgullosos. La universidad ha recuperado su decisión en el campo científico y, ni aun en momentos difíciles, dejó de apoyar la investigación. Una prioridad de este periodo debería ser mantener los criterios de calidad y originalidad como requisitos más importantes a tener en cuenta para el otorgamiento de becas y subsidios. Para ello, es preciso garantizar la justicia y la transparencia de las evaluaciones respectivas.

También es necesario analizar, entre todos, el sistema de prioridades con el que se asignan los fondos para la investigación, que deberíamos incrementar en la medida de lo posible, recurriendo a economías en otras áreas.

La tarea de extensión

Uno de los documentos conocidos durante estos días a propósito de este acto afirmaba: “La enérgica defensa de los principios innegociables que han definido y estructurado a la Universidad - la gratuidad, la autonomía, el cogobierno y la excelencia académica - sólo adquieren su sentido verdadero y profundo cuando están al servicio del objetivo último de que la Universidad sea un foro público de discusión, investigación y enseñanza atravesado por las grandes cuestiones que preocupan a la comunidad”.

Deberíamos mantener y profundizar esos vínculos con la comunidad a través de la relación con la actividad productiva pero también mediante la poderosa influencia cultural que está en condiciones de ejercer una universidad como la nuestra. Proyectos como el de la editorial y el de la radio universitarias, deberían ser impulsados decididamente.

La cuestión presupuestaria

Resulta innecesario reafirmar en este ámbito el compromiso de todos con los principios fundantes de esta institución: su carácter público, la gratuidad, la autonomía, el cogobierno, la aspiración a la excelencia académica, la creación de conocimiento. Eso es lo que nos une. Ese es nuestro credo. Por compartir esos principios es que hoy estamos aquí.

La tradición educativa argentina ha sido siempre generosa, no debe dejar de serlo. La educación es un bien social: es de interés de todos el que haya cada vez más gente mejor educada. La Argentina cuenta con pocos graduados universitarios en su fuerza de trabajo. Es una prioridad estratégica nacional el tener más graduados universitarios y es muy escaso el porcentaje del PBI que la Argentina destina a la educación superior.

Pero debemos prestar atención también a la calidad de la experiencia educativa que brindamos, a las posibilidades de interacción durante la misma, a la amplitud de la formación. El terreno de nuestro trabajo común es el de la edificación del pensamiento de los alumnos que se acercan a nuestras aulas. Por eso es tan importante la construcción de nuestro propio pensamiento como docentes. Pero la seriedad en ese trabajo resulta esencial si queremos que la universidad pública siga ocupando el sitio que aún tiene en la consideración social. Si no respondemos a esa aspiración a la calidad, basada en el esfuerzo y en el rigor intelectual, corremos el riesgo que, como sucedió con la educación básica y media, la universidad de gestión privada se instale en la gente, erróneamente, como la depositaria de la calidad. Trabajar por la calidad de la educación pública es la mejor manera de defenderla.

Vivimos una circunstancia económica que convierte en problemático el futuro de la institución. Debemos justificar de modo vigoroso la significación de lo que aquí hacemos para oponernos a la solución del arancelamiento que, en este contexto social, no hará más que agravar los problemas que enfrentamos. Un reciente documento de jóvenes economistas de esta universidad lo demuestra de modo convincente. Es innecesario expresar la importancia de buscar nuevas fuentes de financiamiento tanto en el país como en el exterior, siempre que sean complementarias y no alternativas. Sin embargo, hay que tener en cuenta que esa búsqueda de fondos no debe desvirtuar la tarea que constituye nuestra esencia y que debemos ejercer con total autonomía.

El bienestar del conjunto del personal de la universidad es un objetivo prioritario y, en ese sentido, nuestra Obra Social debería proponerse brindar más y mejores servicios, en la medida en que ello resulte posible, como un modo de ayudar a nuestros castigados docentes y no docentes.

Socializar los problemas presupuestarios, transparentar el uso de los recursos, racionalizar el gasto mal orientado, deberían ser los objetivos prioritarios de esta etapa.

Señores Asambleístas:

Desde el comienzo de la universidad, sus misiones trascendentes han sido las de promover la autonomía de la conciencia, desarrollar la habilidad de problematizar, defender la primacía de la verdad sobre la utilidad.

Pero las poderosas fuerzas sociales que han actuado sobre esta institución, especialmente durante las últimas décadas, han ido transformando radicalmente esos objetivos esenciales.

La universidad ha soportado una intensa presión destinada a adecuar la enseñanza a las demandas económicas, técnicas y administrativas del momento. Como consecuencia, se ha reducido la formación general y la incorporación de las nuevas generaciones a la cultura ha ido adquiriendo una posición marginal.

Tal vez una de las características que mejor define la situación de la universidad actual sea su acelerada incorporación a la lógica empresarial y comercial que hoy domina todas las esferas del quehacer humano. Se ha instalado con fuerza avasalladora la concepción que, para justificar su existencia, resulta imprescindible que la universidad exhiba resultados mensurables y comercializables. De allí que se apliquen a la institución y a sus "productos", los mismos criterios con los que se juzga la productividad y la eficiencia de las empresas que comercializan bienes, en este caso la educación.

La lógica empresarial ha conquistado de manera acelerada un territorio que, hasta no hace mucho, estaba ligado a valores culturales y académicos y no a los puramente materiales y comerciales. Parecería que no se advierte que resulta imposible aplicar la lógica de las empresas a un "producto" tan difícil de definir como "un estudiante educado" o un "conocimiento significativo".

En líneas generales, predomina una actitud que impulsa a las universidades a "rediseñar sus productos, presentarlos y venderlos" de acuerdo con las prioridades cambiantes de los consumidores. Se está subvirtiendo la convicción de que "las universidades existen para crear y mantener con vida ideas que pueden no estar de moda y que tal vez nunca lleguen a ser populares, logrando mediante la educación, que otras personas comprendan cómo y por qué se trata de visiones importantes".

Decía acertadamente uno de los tantos pronunciamientos interesantes que se conocieron durante estos días: "No hay conocimiento sin voluntad de transformación. A la Universidad se le ha succionado y adormecido la voluntad de transformar la realidad. Hay que preparar a la universidad para esta nueva lucha histórica contra la barbarie disfrazada de globalización y de tecnociencia"

Esa idea central de lo que debe ser una universidad no podría haber sido mejor expresada. Hoy se justifica culposamente a la educación como un instrumento útil para lograr otros fines: es buena para los negocios o para las carreras profesionales. Rara vez alguien dice que es buena para la persona. Esa mujer, ese hombre, son los encargados de transformar la realidad. Este desinterés por lo humano en la tarea del educar, explica que las universidades estén cambiando hasta volverse irreconocibles. Es evidente que, de continuar evolucionando en esta dirección, a las instituciones que conocíamos como universidades, de tales solo les quedará el nombre. No está lejano el día en el que dejen de cultivar e inculcar los estándares morales e intelectuales necesarios para mantener la cohesión de nuestra sociedad así como las aptitudes imprescindibles para la creación de conocimiento.

Señores Asambleístas:

Es preciso emprender un esfuerzo destinado a convencer a nuestra gente de que la educación encierra valores propios y que no es solo la clave de valores económicos. Deberíamos empeñarnos en fomentar en el seno de nuestra propia sociedad el desarrollo de un clima cultural, hoy inexistente, que nos permita contar con una universidad que merezca el nombre de tal.

Si conseguimos volver a la idea de que la educación pertenece a la esfera del ser y no a la del tener, podremos revertir la tendencia actual que busca convertir a la educación superior en un sector más del mercado de bienes y servicios.

Debemos transitar por la riesgosa cornisa que supone enfrentar la necesidad de modernizar a la universidad manteniendo su imprescindible naturaleza contracultural. Debemos hacerlo sin adherir ciegamente a los criterios eficientistas del mercantilismo predominante o a consignas vacías de significado, sin compartir el desprestigio suicida de lo público, al que nos quieren sumar, ni las loas, no siempre justificadas, de lo privado.

De cómo lo hagamos dependerá no sólo el destino de la educación superior argentina sino también la supervivencia de nuestra amenazada cultura.